

de café, de suerte que comenzaron los compañeros á dar señales de impaciencia preguntando á cada momento dónde descansaríamos, tanto más que el piso se presentaba pedregoso é irregular, sembrado por todas partes de enormes peñas que se han desprendido del techo y que con sus aristas vivas ó sus superficies lisas y resbalosas ocasionaban caídas ó cuando menos dificultad para avanzar.

Apenas habíamos llegado á este lugar, la voz del guía nos hizo saber que llegábamos al pedregal del muerto. Galería larga, poco decorada y cuyo piso entre enormes y desarreglados peñascos sube formando una cuesta para después bajar con pendiente rápida; tal es el pedregal del muerto en cuyo sitio se señala un montón de piedras que según los guías sirven para marcar el lugar donde se encontró el esqueleto de un hombre, junto al cual había un jarro vacío y los restos de un perro; el espectáculo de aquellas piedras, la figura confusa de una cruz de madera colocada entre las grietas de las rocas y el relato de los guías no pudo menos que conmovernos y hacernos pensar en las supremas angustias que debe haber sufrido al encontrarse sin luz, sin alimento y perdido en medio de aquel dédalo, el infeliz que no tuvo más compañero que el animal que lo acompañaba, tipo de fidelidad. Cuando pasamos por aquel lugar donde la caverna no presenta atractivo notable y sólo recuerda una tragedia, un noble recogimiento se notó en todos nosotros y aun pudimos notar que la Srita. María movía suavemente sus labios elevando al cielo sus preces por el infeliz que allí había perdido su existencia. Quizá en esos momentos la Srita. Josefina hacía lo mismo, y casi estamos seguros que en aquel lugar perdido en las entrañas de la tierra, donde sólo se escucha el choque pausado y monótono de las gotas de agua que caen sobre las piedras, eran las primeras oraciones que dos corazones sencillos elevaban á Dios.

Poco duraron en nosotros estas impresiones, pues el descenso del pedregal nos permitió gozar de un espectáculo fantástico á la par que espléndido. Los que íbamos á la cabeza de

la comitiva nos detuvimos un momento para ver hacia atrás, pudiendo entonces contemplar todo lo magnífico del cuadro que presentaban nuestros compañeros descendiendo por entre las peñas, con sus velas y grandes bastones en la mano y luchando en cada paso para no perder el equilibrio ó no caer al suelo; grandes y enormes rocas nos rodeaban por todos lados, tras de las cuales desaparecían para luego aparecer las luces, provocando sombras y reflejos que le daban al cuadro mayor variedad; ante aquel espectáculo no pudimos menos que figurarnos una cuadrilla de mineros que escudriñaban las profundidades de la tierra para saciar su sed de oro. Cuadro digno era aquel para servir de motivo á Gustavo Doré que tan bien ha sabido interpretar los contrastes de la luz y de la sombra, episodio dantesco que nos recordó las profundidades del averno. No quisimos dejar de tomar una fotografía de aquel espectáculo, de manera que acto continuo se dispuso el Sr. Giovenzzana á operar colocando su cámara frente al grupo; distribuimos entonces entre la mayor parte grandes cintas de magnesio que inflamadas alumbraban espléndidamente aquel cuadro.

El tiempo que se necesitó para montar la cámara, tomar la fotografía y desarmarla de nuevo, lo aprovechamos para descansar unos momentos sentándonos sobre la superficie irregular y húmeda de aquellas rocas; pero apenas dió por terminadas sus operaciones el Sr. Giovenzzana, reorganizamos la comitiva y emprendimos de nuevo la marcha; poco tuvimos que ver por aquellos lugares, pues siguen bóvedas bajas y estrechos pasadizos con el piso sumamente irregular y pedregoso; pero bien pronto otra sensación vino á conmover nuestra imaginación, pues en esta gruta maravillosa no bien acaba uno de admirar una cosa, cuando se presenta otra que de distinta manera es ó más grandiosa ó más conmovedora ó más admirable que todas las anteriores. Caminábamos lentamente y con precauciones por entre las últimas rocas del pedregal del muerto, cuando un sordo y lejano rumor vino á herir nuestros oídos sin que acertáramos á comprender cuál era su procedencia: como zumbido en

un principio, como repiques lejanos después, cuyos ecos parecían venir á intervalos llevados por el viento, llegaron hasta nosotros aquellos sordos rumores que parecían salir de lo más profundo de la caverna, en vano nuestros ojos buscaban hacia adelante en medio de la obscuridad profunda algo que pudiera indicarnos la procedencia de aquellos ruidos; en vano hacíamos esfuerzos para oír mejor y poder distinguir la causa, sin conseguir comprender qué era lo que producía aquel ruido que ya después se hacía más perceptible, produciendo en nuestros oídos á intervalos y cada vez más claros ruidos sonoros como los producidos en una catedral por el repique de sus campanas. En aquellos momentos no pudimos menos de recordar la escena terrible y conmovedora de cuando la plebe de París se acercaba lentamente á las Tullerías para pedir pan á Luis XVI.

Aun no acertábamos á comprender la causa de aquellos ruidos cuando la voz del guía nos anunciaba que entrábamos al salón del campanario.

Bastante extenso se presenta este departamento, de todas sus bóvedas cuelgan grandes é irregulares estalactitas y en el centro se levanta una hermosa estalagmita en forma de piña; sobre las paredes se encuentran multitud de incrustaciones en láminas de espesores variables y que plegadas ó vueltas sobre sí mismas forman grandes y espléndidos cortinajes que suspendidos como están por la parte superior y sin ningún apoyo por la inferior, vibran fácilmente cuando se les toca con algún objeto y son las que producían los ruidos que tanto nos llamaron la atención; pues antes de que llegáramos á este punto algunos de nuestros guías se adelantaron sin ser vistos por nosotros y cuando aun nos faltaba mucho por llegar comenzaron á provocar los sonidos que tanto nos impresionaron.

Pasamos pronto de este lugar sin habernos detenido sino lo suficiente para observar las bonitas cristalizaciones que algunas de aquellas láminas presentan, y precipitamos tanto más nuestra marcha cuanto que los guías nos anunciaban que llegábamos al lugar llamado del agua bendita.

Difícil sería pintar con palabras la agradable impresión que causó en nosotros el tener en nuestras manos una botella llena de agua cristalina y fresca y sólo diremos para que se comprenda la avidez con que la tomamos, que no reparamos ni por un momento en si podía sernos ó no dañosa, no obstante que nuestro cuerpo estaba cubierto de sudor al grado que ya éste se notaba por el exterior de nuestras ropas y que las gotas en hilos casi continuados corrían de nuestra frente, levantamos la botella al aire y de unos cuantos sorbos la dejamos vacía. De mano en mano pasaban las botellas para volver al manantial donde uno de los guías agazapado y en postura difícil se encargaba de llenar todas las botellas y vasos que le pasaban.

A las señoritas nos pareció conveniente ofrecerles el agua con un poco de coñac para evitar que les fuera dañosa y aun recordamos la cara placentera con que nos daban las gracias, todavía con la voz entrecortada por la respiración que habían contenido para beber con mayor rapidez.

Una vez que hubimos saciado nuestra sed, comenzamos á formarnos cargo del lugar, que es una galería estrecha en cuyo piso se hallan diseminadas gruesas peñas por entre las que se avanza con dificultad; no se presentan en las bóvedas y paredes sino escasos adornos y en una pequeña oquedad que se halla á la derecha es donde se reúne el agua de un pequeño manantial ó quizá de las filtraciones superiores. Escasos momentos permanecemos en aquel punto y sólo lo suficiente para tomar algún descanso, durante los cuales no dejamos de estar reflexionando lo adecuado que es el nombre del agua bendita para aquel lugar, pues generalmente se llega á él muy fatigado y con el cansancio consiguiente del que ha caminado cinco ó más horas por terreno irregular, desconocido, casi á tientas y con la incertidumbre del que va entre tinieblas.

Irregular y pedregoso sigue después el camino por estrechos pasadizos cubiertos de grandes encajes y cortinajes de caliza hasta llegar á un punto en el que ensanchándose la caverna presenta una amplia bóveda quizá la de mayores dimensiones que

descansa sobre altísimos muros; en la parte baja el piso es parejo y sólo surcado de algunos tramos por rebordes semejantes á los que se hallan en el salón de los confites, encontrándose además diseminadas con profusión grandes piedras sobre las que se han reunido incrustaciones de figuras variadas é irregulares y en las cuales la imaginación cree ver momias cubiertas por grandes sudarios ó esqueletos que se levantan en grupos como saliendo de las profundidades del suelo y cuyas sombras más ó menos recortadas y moviéndose sobre las demás incrustaciones, conforme avanzan las luces aparecen como grupos de cuerpos vagos que flotan en medio de aquel antro obscuro. Tal es el aspecto que se presenta al excursionista cuando entra al salón de las ánimas, sintiéndose además un ambiente húmedo, así como por sus altísimas y grandes bóvedas las luces apenas alumbran en un espacio muy corto y parece más oscuro que los demás, destacándose tan sólo de entre las tinieblas las siluetas vagas é irregulares de fantasmas más ó menos grandes que le dan á aquel departamento un aspecto tétrico y aterrador. Después de haber atravesado por entre los diversos grupos que se levantan del suelo salimos de aquellas inmensas bóvedas para seguir de nuevo por un estrecho pasadizo donde vuelven á encontrarse grandes rocas con las señas inerrables de haberse desprendido de la parte alta, de manera que cuando pasamos por este lugar no pudimos menos de imaginar lo terrible que sería el que una de aquellas grandes piedras cayera sobre nosotros y nos privara de la existencia ó nos cortara el camino por donde habíamos venido. A medida que avanzábamos encontrábamos más y más grandes peñascos é incrustaciones que subdividen en aquel lugar á la caverna en muchos é intrincados pasadizos, constituyendo un verdadero laberinto en el cual sólo los guías que tienen aquello bien conocido pueden recorrer algunos de sus tramos, pues hay otros que según nos decía el hombre que nos acompañaba nunca los han andado. En medio de aquel pasadizo sólo llama la atención una pequeña cavidad en el centro de la cual se levanta una estalagmita en forma de taza que cons-

tantemente contiene agua; por su aspecto, su situación y el agua, le han dado el nombre del bautisterio. A medida que se avanza las bóvedas se hacen más bajas, pues como dijimos antes quizá las del salón de las ánimas son de las más espaciosas, y comienzan á manifestarse señas positivas de que las filtraciones se hacen con más rapidez, escapándose el agua de las grietas superiores, no en hilos tenues que tienen tiempo de depositar su cal, sino en chorros más ó menos gruesos que reuniéndose en el suelo forman charcos y depósitos de agua por entre los cuales difícilmente se ha de poder pasar en ciertas épocas del año. Avanzando por un suelo húmedo se llega á un punto donde se forma un pequeño lago en el que según las huellas dejadas por el agua, puede llegar á tener tres ó cuatro metros de profundidad. El suelo de este depósito está formado por pequeñas ondulaciones sobre las que se ha depositado una capa gruesa de caliza amorfa mezclada con arcilla y en medio de cuya masa se encuentran varios caracolitos y conchas que según el Sr. Herrera pertenecen á la especie *Spiraxis Cacahuamilpensis*.

Tanto la existencia de esas especies como el carácter y formación de la toba que tapiza el lecho del pequeño lago, nos hace suponer que los caminos que siguen las filtraciones para de la parte superior de la montaña llegar hasta el interior de la caverna, son bastante amplios para dejar correr el agua en considerable cantidad.

En la época de las lluvias y sobre todo en aquellos años en que adquieren mayor intensidad, debe penetrar á este lugar gran cantidad de agua que impide por completo el paso para el resto de la caverna, y no nos cabe la menor duda que el río que dicen muchos excursionistas haber hallado y más allá del cual no han podido pasar, ó el lago que refieren otros les ha cortado el paso, se refieren unos y otros á este lugar.

Recordamos entre otras relaciones la que hace el profesor de pintura Sr. Landezio que visitó la caverna en 1846 y en la que aconseja que se lleven entre los útiles de viaje un bote ó chalupa para poder atravesar el lago que le cortó á él el paso.

Cortando por un lado dejamos á la izquierda la laguna, que así le llaman á aquel departamento, y después de un corto tiempo llegamos á un espaciosísimo salón, cuya magnitud apenas se comprende por la multitud de estalagmitas altas y esbeltas que en agradable confusión se encuentran profusamente diseminadas por todo aquel lugar. Realmente, después de haber pasado el trayecto de la laguna y los pasadizos que conducen á él, que se encuentran sin grandes atractivos, es aquí en donde se vuelve á experimentar un sentimiento de admiración al contemplar altísimas columnas que simulan tallos de palmeros y cuyas cúspides no se distinguen por estar hundidas en las profundas tinieblas que ni aun los cohetes de luz alcanzan á disipar.

Pequeñísimos nos sentíamos ante aquellas grandes moles, perdidos entre columnas majestuosas cuya masa apenas acertábamos á comprender, y debemos haber sentido una emoción semejante á la de la pequeña hormiga que con sus débiles esfuerzos tiene que escalar grandes peñas, montañas enteras, perdida en la inmensidad relativa del camino que recorre. Con paso lento y volviendo los ojos á todos lados recorríamos aquel salón, sintiéndonos todos los de la comitiva, no obstante ser tantos, como solos, pues las largas horas de camino, la igualdad en las fatigas é impresiones nos había unido de tal suerte que ya después casi pensábamos lo mismo, exclamábamos igual y discerníamos de la misma manera, unificándonos de tal suerte que á pesar de ser más de treinta nos sentíamos como uno sólo, de suerte que cuando tropezamos con una enorme piedra sobre la que había grabada una inscripción, no pudimos menos que sentir gran desahogo al comprender que ya por allí habían recorrido otras personas y como sintiéndonos acompañados por sus nombres todos inmediatamente nos apresuramos á leer lo que contenían aquellas letras que grabadas á cincel y encerradas en un cuadro hecho de la misma manera, contienen los nombres de los profesores de la Academia de Bellas Artes que visitaron la gruta el día 25 de Enero de 1846. Entre los diversos nombres que contiene la inscripción recordamos los de Vilar, Clavé, Tangassi, Landesio y otros.

Después de haber leído aquella inscripción, quiso el Dr. Altamirano que dejáramos también un recuerdo de nuestra visita y se comisionó al Sr. D. Adolfo Tenorio para que grabara sobre la misma piedra una sencilla inscripción que quedó así:

INSTITUTO MÉDICO NACIONAL.

1892.

Aparte de esa inscripción cada uno de nosotros quiso dejar estampado sobre las rocas un recuerdo, de suerte que hubo un momento que casi todos estábamos entretenidos y silenciosos escribiendo sobre la piedra nuestros nombres ó el de las personas de nuestro mayor afecto. Un poco solemne se presentaba entonces la escena, encontrándonos diseminados, y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo los pausados golpes del martillo con que el Sr. Tenorio grababa su inscripción, perdiéndose sus ecos muy á lo lejos después de haber repercutido en todas las anfractuosidades del gran salón. Tratamos después de sacar unas fotografías de las inscripciones, todo lo cual vino á ayudar para que permaneciendo en aquel lugar algunos minutos, hiciéramos un ligero descanso que cada vez se hacía más necesario. Después de unos momentos de reposo seguimos nuestro camino por entre enormes peñascos todos cubiertos de cristalizaciones y que deben haberse desprendido de la parte alta hace ya bastante tiempo, pues una capa gruesa y unida de caliza los cubre á todos ellos, formando una sola con la que igualmente se extiende por el suelo; durante todo este trayecto que es bastante sinuoso y accidentado se van dejando á derecha é izquierda enormes estalagmitas que cada vez van agrupándose más hasta formar grandes obstáculos que casi cierran el paso, hasta llegar á un lugar donde por su agrupación y dimensiones parecen formar el límite de la caverna; este punto es otro en el que generalmente se detienen los excursionistas, ya sea porque